

CUENTOS DE SABIDURÍA MILENARIA PATRIMONIO ÉTICO DE LA HUMANIDAD

DÍA 4 LAS CREENCIAS.

En una pequeña ciudad de un lejano país, habitada por hombres y mujeres amantes del saber y la cultura, se anunció la llegada inminente de dos eruditos; dos hombres famosos en la comarca, no sólo por sus palabras armoniosas, sino también por sus ideas agudas e ingeniosas; ideas y palabras que, en general, dejaban eco en las almas de los que les escuchaban.

Llegó al fin el día anunciado en el que todos los ciudadanos se reunieron en la plaza para asistir al comienzo de lo que se esperaba como la gran disertación sobre una verdad definitiva. La multitud se sentía regocijada con ese aire de fiesta que se suele generar antes de los grandes acontecimientos.

De pronto hicieron su aparición las dos imponentes figuras de los hombres importantes. Se diría que habían pensado y estudiado mucho a juzgar por su porte, su actitud y sus largas barbas... El pueblo guardó silencio hasta que un representante de la comunidad, dirigiéndose a los presentes, anunció el comienzo de un debate. Un debate que, nada más y nada menos, versaría sobre la existencia o la no existencia del Dios de aquellas tierras.

En primer lugar, habló el que sostenía que Dios existe. Sus palabras emocionadas y su ardor fervoroso y lúcido, irradiaron de tal forma a los allí congregados, que transcurrió hora y media sin que nadie se moviese o bostezase. Cuando finalizó su brillante discurso, toda la plaza estalló en un aplauso que, según se dijo, conmovió hasta a las palomas de las torres más alejadas.

A continuación, y tras un breve descanso, comenzó a disertar el que opinaba justo lo contrario, que aquel Dios no existía. Sus palabras enterradas y fluidas y la contundencia vivencial de sus argumentaciones, resultaban tan sinceras y profundas que todo el pueblo se emocionó ante la nueva verdad que estaban compartiendo.

Tras otra hora y media de atención total, el erudito finalizó su discurso entre aplausos emocionados y admirativos de los presentes.

Y así fueron pasando las horas, mientras los predicadores con respeto mutuo desarrollaban sus conclusiones. Poco a poco transcurrió la noche, y ya al filo del alba se dio por finalizado el debate, momento en el que todos los presentes se retiraron a dormir.

Los oradores también se dirigieron a sus casas, pero... ¡oh paradoja de la vida! Una vez en el interior de las mismas, aquel que había defendido durante toda la noche la no existencia de dios, se dirigió con gesto inquieto al desván de su casa, y del fondo de un viejo arcón rescató una figurilla de marfil que representaba al Dios de sus padres. Tras limpiarla del polvo de años, la colocó sobre una mesita de su dormitorio y le dedicó una pequeña reverencia.

Al mismo tiempo, en la casa lejana del orador que había defendido la existencia y fervor del Dios de la comarca, se podría ver al profeta tomando las figurillas que sobre un altar con flores se encontraban ensalzadas y, envolviéndolas en un paño, las escondía en el fondo de un viejo arcón del sótano, con un gesto sutil de desdén.

Dicen las tradiciones de aquellas tierras, que un viejo búho blanco que por allí volaba percibió vibraciones que anunciaban algo extraño que en aquella comarca sucedía. Percibió que:

**LOS PREDICADORES SE INTERCAMBIABAN CREENCIAS
MIENTRAS EL PUEBLO DORMÍA**